



Tokio ya no nos quiere

Ray Loriga

[Download now](#)

[Read Online ➔](#)

Tokio ya no nos quiere

Ray Loriga

Tokio ya no nos quiere Ray Loriga

Un viaje a un futuro no muy lejano en el que una de las drogas legales es un producto químico que permite borrar de la memoria los recuerdos no deseados. En un mundo en el que se ha descubierto la vacuna contra el sida, el protagonista viaja desde Arizona al sudeste asiático envuelto en situaciones en las que el placer es la única norma.

Tokio ya no nos quiere es un libro de viajes, una novela sobre el amor, un relato onírico y lisérgico, un texto contra la memoria y la esperanza que nos describe un mundo en el que los humanos son extranjeros de sí mismos y el miedo lo ocupa todo.

Tokio ya no nos quiere Details

Date : Published May 12th 2014 by ALFAGUARA (first published 1999)

ISBN :

Author : Ray Loriga

Format : Kindle Edition 215 pages

Genre : Fiction, Science Fiction, European Literature, Spanish Literature

 [Download Tokio ya no nos quiere ...pdf](#)

 [Read Online Tokio ya no nos quiere ...pdf](#)

Download and Read Free Online Tokio ya no nos quiere Ray Loriga

From Reader Review Tokio ya no nos quiere for online ebook

Susa says

Vuosien saatossa olen lukenut Tokio ei välitä meistä enää kymmeniä kymmeniä kertoja, ja silti joka kerta kirjan sulkiessaan on ihan yhtä ällistynyt, hämmestynyt, yhtä paljon kaunista tekstiä ja kuvia nähnyt. Upea.

andeeeeeee says

such a subtly psychedelic and gorgeously blissful story. abstract and kind of dark, creepy and so so beautiful. a travelling salesman peddles a drug that erases the memory. either whole lives or single events. but then begins to sample his own wares, gradually losing his mind, not just his memory, all the while trying to avoid representatives of the drug company he works for (when he can even remember who it is he works for and what he does). amazing.

Pablo says

"¿Qué he olvidado?

Todas las oraciones, el nombre de mis padres, la sombra de los árboles junto a la valla de mi colegio, el mundial de fútbol del 78, si he ido alguna vez en barco, las heridas de bala, si las ha habido, los hijos, si los hay, sus caras, las caras de un millón de mujeres, por alguna extraña razón no demasiadas películas, pero desde luego algunas, números, puede que algún idioma, mañanas, tardes, noches, el sabor de muchas cosas y también el color de muchas cosas, cientos de canciones, cientos de libros, favores, deudas, promesas, direcciones, amenazas, calles, playas, puertos, ciudades enteras, he olvidado Berlín y he olvidado Roma, por supuesto no he olvidado Tokio, he olvidado el día de ayer, completamente, como olvidaré el de hoy y después el de mañana"

"Ella dice que las cosas que no dependen de mí no voy a poder cambiarlas nunca y que las otras, las que al parecer están a mi alcance, probablemente tampoco. Luego se queda tanto rato callada que me asusto, como se asusta un niño despierto en mitad de la noche incapaz de reconocer los sonidos de su propia casa. Ella dice que no soy capaz de construir nada, y que el futuro depende de lo que construyamos ahora, de todo lo que aun no hemos construido. Luego se quita el abrigo y lo tira sobre la cama. Yo enciendo el televisor y me cojo otra cerveza. La puerta del baño está entreabierta. El baño es dorado. Ella está casi desnuda. Ella casi no me mira. Ella esconde un animal muerto en cada mano. Ella es una mujer acorralada entre el recuerdo y las premoniciones. Como un gigante despedazado por dos caballos salvajes. Atado de pies y manos a dos caballos que corren en direcciones opuestas.

Ella dice: este sitio es horrible.

Pero yo no puedo estar de acuerdo."

Szplug says

Better living through a bounty of chemicals, itinerancy, unfocussed energy, casual sex, and selective memory

loss, in a world in which *better* is a relative term that easily—perhaps ultimately—inverts itself into negative scaling. Loriga's prose is relentless and hyperactive, his dystopian vision—an interconnected world of runaway consumerism and dissipated morality in which the most popular drug is one that effects the permanent erasure of an individual's short and/or long term memory—layered within a nameless protagonist's gushing narration comprised of two parts tedium and repetition per one of intensity and revelation. It's a shame that Loriga cannot downshift, as he continually springs lines, punctuates pages of free-flowing recollection, that arrest one's momentum with the impact of both what they are saying, and how, exactly, their stark emplacement affects the shattered shards that are the story's unfolding. How can we live with our memories, in all their artifice and existential gravity, their temporal blues in I minor? How can we *not*? For absent memories to situate us, stabilize us, propel us, life is performed within a vacuum; inconsequential, insubstantial, insufferable. Innocence is powerless—what's more, it is unnatural.

The *chemical*, the pharmaceutical prodigy that performs anamnestic erosion, is marketed and distributed by *The Company*, a corporation as faceless as the narrator, who is one of its top salesmen. Apropos to our modern society, the drug is eagerly sought by murderers, child molesters, deflowerers, thieves, cheats, and their ilk: either as a salve for a disturbed conscience, or a spark to sexual rebirth and renewal. Those desirous of burning out dark remembrances and preoccupations whose roots are deep and thick are most at risk of the neuronal damage the chemical enacts; at its worst, sufferers become part of a legion of renewable blank slates à la *Sammy Jankis*. Yet human memory is a mechanism with a plethora of backup provisions and places of concealment; and it just may be those recollections that arise, unbidden and untethered to a chain of causality, that can do the most damage, invoke the strongest response, when they slip into the scrolling stream of present thought. The narrator, driven as most *Company* salesmen are into partaking of his own wares, makes a play to join the burgeoning ranks of emptied fleshy vessels—but his experience takes him to places that simultaneously muddle and reveal the pictures he is burning in a chemical pyre within.

Tokyo Doesn't Love Us Anymore invokes puzzlement, contemplation, distance, appreciation, boredom, poignancy, exasperation, amazement, decolorization, and the occasional hard-on, in no particular order. Cut this book by a third or more and you'd perhaps have something truly remarkable—for Loriga came close here to fibrillating my heart; as it stands, two hundred and sixty pages provides a repast that, while tasty and tempting, even touching, contains too much in the way of empty calories.

Kye Alfred Hillig says

In the spirit of burroughs' traveling brand of insanity, Loriga maps a strange earth, sick with drugs, sex, and bizarre happenings. Every page was a taste of edible oddity; things that seem impossible for the human mind to concoct. For those who love to step out into strange and dark worlds that seems to smirk at so much ugliness, this is your book.

José says

He acabado de leer este libro porque no me gusta dejar un libro a medias, pero hacía tiempo que no me topaba con un libro tan aburrido, inconexo y vacío. El estilo deslavazado de la prosa puede estar justificado por la temática del libro, que narra las peripecias de un agente de química legal que vende drogas para olvidar. A partir de aquí nada tiene sentido.

A partir de aquí revelo algunos detalles sobre la historia (por llamarla de alguna manera), por si no quieres seguir leyendo...

Las 120 primeras páginas se pueden resumir en: follo, vendo droga, compro droga, bebo y me coloco mientras el resto del mundo folla, olvida y se suicida; volver a empezar. Sí, en serio, no hay más que eso repetido hasta la saciedad. Comprendo que parte de la gracia de una novela de este tipo es dibujar una sociedad alternativa llevada al extremo a partir de unas presunciones plausibles... pero ¿120 páginas dedicadas a eso?

En el segundo bloque de apenas 30 páginas se añade la variante de que el protagonista se ha convertido en agente ilegal por un golpe de suerte tras sus excesos. Totalmente insustancial e irrelevante.

A continuación otras 40 páginas que se pueden resumir en: me despierto en un hospital, no me acuerdo de nada, recibo tratamiento, y me voy a dormir. Sí. De nuevo. 40 páginas para esto.

A partir de aquí 30 páginas de la experiencia Penfield, la única parte realmente digna de elogio del libro porque realmente parece hacer avanzar la historia y dar un cierto sentido a la vida del protagonista, con una prosa poética cargada de reflexiones e imágenes memorables. Y digo parece porque no queda claro si lo que se narra son recuerdos reales del protagonista o quizás un sueño lúcido inducido por la compañía para intentar extraer información del destrozado cerebro de su antiguo agente.

Y para finalizar otras 30 páginas donde se concluye la historia dando una justificación totalmente superflua a lo que se ha narrado. Y digo totalmente superflua porque si el libro hubiera finalizado sin incluir esta parte podría haber muerto con cierta dignidad, dejando un final abierto a la reflexión sobre los abusos narrados, la necesidad de olvidar, la culpa soterrada bajo toneladas de drogas y los suicidios desorientados en una sociedad abandonada a la lujuria y el hedonismo impune. Pero no, en lugar de eso se nos presenta al probable causante de la epidemia de amnesia global con discurso grandilocuente de megalómano derrotado por sí mismo tratando de dar sentido a lo que no lo tiene.

DECEPCIONANTE.

Jairo Eduardo says

If you like cyberpunk, distopia, disordered timeline and a sense of anxiety this book is for you. Some parts need to be read carefully because the chaos in the timeline.

Matt Erlandsen says

No lo terminé de leer. Lo compré en la librería Universitaria de Estación Universidad de Chile. Tenía un olor horrible, como a vómito. Al bajarme del metro en la estación cerca de mi casa, lo tiré a la basura. En todo caso era de lectura rápida y entretenida, pero no recuerdo mucho de su historia. Es lo más freak que me ha pasado con un libro.

Floripiquita says

Me aburrió soberanamente.

Sedy . says

Este libro me ha enganchado desde la primera página con su peculiar estilo. La narración desordenada, caótica y reflexiva, asemejándose al propio hilo de pensamientos, te atrapa rápidamente independientemente de la importancia de la trama. Para mi gusto, esta trama apuntaba muy alto y no ha acabado de definirse y, finalmente, se ha quedado en nada.

El final es escueto y te deja algo indeferente (al menos a mí). Hay cabos que quedan algo abiertos, pero los prefiero así.

Un libro que más que transmitir una historia, hace que te sumas a los efectos de la química durante su lectura.

Grace says

One of my all-time favorites. Apparently it's now translated into English, but I just can't bring myself to read that one...

Pedro says

El tema era proclive. En una actualidad paralela existe una droga legal que proporciona olvido a quien la toma. El personaje principal es un agente oficial. Para Lóriga los claroscuros de la memoria y el olvido es el escenario idóneo. Un lugar a su propio antojo donde poder dar rienda suelta a su literatura plagada de símiles brillantes y poesía metafórica. Aparecen una serie de personajes secundarios, subtramas que en los que el autor saca todo el lustre posible a su cuchillo. El lector se siente desangrar. El descenso a los infiernos se produce cuando le toca proporcionar luz. Por mucho coartada que la trama principal lo permita, llegan a aburrir los reiterados excesos de la droga del olvido y de cocaína en que el personaje principal se castiga. Asimismo la novela parece alargada en exceso. Con una amputación de un 30 o 40 % de las páginas nos encontraríamos con una novela con la que solo podríamos llorar u odiar al escritor por alcanzar tal altitud en su literatura. Habría que venerarlo como si fuera un semidios. Sin embargo, los continuos viajes, las situaciones que se repiten página tras página no hacen otra cosa que restarle brillo.

En cualquier caso está el final. Una explicación tan innecesaria como introducida a golpe de calzador.

Una pena. Podría haber sido tantísimo.

Eva says

A stream of Kerouac-like impressions of drugs, booze, sex, swimmingpools, airplanes, told by a travelling

drugs-salesman in a not-to-far slightly dystopian future, who dips too deep into his own medicine which causes memory-loss. The whirlwind of anecdotes and short story snippets is entertaining and the language poetic, but quickly grows boring, as no real story-development happens. But then, about half way in, our hero overdoes his drugs and lands in a clinic, where he undergoes treatment for his complete memory-loss. The change in the storyline got me invested again, as it even included a first-person account of a Penfield stimulation experiment.

Mariana says

Caracas ya no me quiere.

Me encantan las novelas que se leen por cómo están escritas más no por lo que pasa. Tokio ya no nos quiere es una de esas, donde Ray Loriga hace un reflejo de la mente de un hombre que consume todas las drogas que le caen en sus manos, haciendo repeticiones y redundancias, que vuelan como el humo del tabaco.

El escritor nos instala en la mente desquiciada del protagonista, para que veamos con sus ojos, asumamos sus reflexiones y esperemos que la vida pase, haciendo que el lector se embarque en un viaje absurdo hacia los confines de la cabeza de ese hombre, sin saber qué es real o no, tan siquiera si realmente está (mos) vivo (s), a través de una prosa lúcida y soterrada en los adentros de la conciencia, con la que Loriga consigue describirnos ese mundo ficticio y real en el que es posible contener a una madre muerta de un televisor, o borrar de tu memoria tantas neuronas como quieras, colocándonos en la psique de un hombre que no logra olvidar a esa mujer que lo atormenta; porque hay cosas que no pueden olvidarse, ya que una vez que se sienten, nunca se van del todo, como el amor y la mujer que él guarda, que le da el hilo argumental a la novela.

Ray Loriga describe las ciudades, las calles, el ambiente, los hoteles, su viaje sin sentido hacia la nada, cómo el tiempo se detiene y cómo está harto de perseguirlo, ya sin conciencia, donde los minutos son páginas centrales de un libro que se consume, en una dimensión temporal con un personaje gris, porque sin memoria no hay tiempo, y sin él no somos ni viejos, ni jóvenes, no somos nada, tal y como le ocurre a los personajes de este libro que borran sus conciencias por traumas, intentando extirparse la idea de la fatalidad, que ven en la muerte que conocen desde el momento en que nacen, donde la droga consiste en olvidar que son y que existen.

Es así como esta novela (publicada en 1999) propone una crítica a ese futuro cercano y cuestionado para la época, donde se miraba con resquemor al futuro, por miedo a que en los 2000 se tirara por la borda todo el progreso que el siglo XX hizo, que cada día cobra más sentido, pues se plantea lo insustancial, lo artificial y la futilidad de vivir sin recordar lo que te hace ser como eres, ya que al borrar el dolor, no hay nada, solo una imposibilidad para distinguirte de otro reflejo en un espejo, mostrando la uniformidad para alcanzar la felicidad.

Es por ello que el escritor introduce un personaje que vende drogas de las que no se puede alejar, pues destruyen la memoria y evitan que cargues con malas experiencias para toda la vida, de las que él tiene mucho que decir y mucho que olvidar, cayendo en las manos del producto que vende, poniendo como objetivo final el olvido y la tragedia que supone destruir los recuerdos, mostrando sexo en solitario, en pareja, en grupos, con drogas blandas, duras, de colores, en pastillas, líquidas, viajes por carretera, que llevan a un final lleno de imágenes nostálgicas y explicaciones interesantes sobre todo lo que acabamos de leer, con un carácter de ciencia ficción propia del escritor, muy cercana al presente.

Loriga hace hincapié en los miedos del presente amenazados por signos preocupantes de deshumanización, esquematizada dentro del esquema de un libro de viajes, donde el narrador y el protagonista dan su visión de las experiencias vividas en su paso por Arizona, Berlín, Madrid, Bangkok, Vietnam y Tokio, donde el hijo de un ex alcohólico y una artista de circo recorre dichos países, vendiendo sus “amputaciones neuronales”, planteándose interrogantes al estilo ¿cómo se llena el agujero que dejan los recuerdos? ¿qué futuro se construye sin pasado? Y ¿quién maneja una sociedad desmemoriada? Con angustiosas respuestas que quedan en el aire, que se han encarnado en las apetencias voraces del capitalismo, concluyendo que Tokio ya no nos quiere, pues es allí donde el protagonista convivió con “ella” y experimentó el temor a que “El dueño de la química sea el dueño del presente”, dando una visión de un futuro .

En definitiva, una de las obras más representativas de la narrativa de finales del siglo XX que busca la construcción de una visión “cosmogónica y romántica” de la pérdida de un mundo deshumanizado, donde Loriga acribilla al lector con frases mortales, que te dejan herido de muerte y condenado a seguir el hilo de esta novela de amor condenada al fracaso, que interpreta la herencia de una culpa que no nos pertenece y un perdón que nunca llegará.

<http://mariana-is-reading.blogspot.co...>

Juan Escobar says

“Los días a veces son tan tristes que sencillamente no merecen la pena”.

Mi libro favorito durante muchos años. Al volverlo a leer, recordé que lo había olvidado, y eso está muy bien, porque de eso se trata, un libro sobre el olvido causado por la química, la tristeza, el amor, y la cerveza mezcla con sexo con desconocidos.

La sensación de desconexión, de fragmentación, de la no existencia de pasado ni futuro sino solo el presente a 14 cuadros por segundo, con flashbacks y flashforwards por doquier, con una búsqueda que mas bien es como un rebobinar, ese es el mundo que propone **Tokio ya no nos quiere**. Y en ese mundo, todo es caer, todo es hundirse, todo es nada a la vez.

“Me muevo dentro de mi propia vida con la arrogancia de un completo extraño”.

Me imagino que los dedos de **Ray Loriga** pulsaban la máquina de escribir con aroma a LSD, a antidepresivos, a whisky malo. Me imagino que viajó y recorrió el sur de Estados Unidos, Berlín, Brasil, Bangkok, Vietnam, Tokio y Madrid, y durmió en hoteles, y busco sexo en todas partes, y fue triste todas las veces que pudo, y fue anotando la trama de una novela que solo se pudo haber escrito en el final del siglo XX, y leída por una generación como la mía, que fue suicida, adicta a la química y creyó en el amor, todo a la vez, y todo lo incumplió o lo olvidó y terminó viviendo vidas tan de mierda.

Ray Loriga fue envejeciendo, y jamás volvió a escribir así. Por eso no es vergonzoso reconocer que ya no somos como los personajes de **Tokio ya no nos quiere**, sino esas vidas de transeúntes sin rostro, esa masa en el metro que se asfixia sola, esa pareja aburrida de la habitación de enseguida. Y nada más.

“...que alguien conozca el futuro no quiere decir que sea capaz de cambiarlo”

